



*Un asesinato sin resolver
y la ira de la familia más
poderosa del mundo.*



La conspiración
MÉDICI

**BARBARA
FRALE**

Florenca, domingo 26 de abril de 1478. Durante una misa solemne celebrada por el cardenal Riario, una multitud de sombras se abalanzaron sobre Lorenzo de Medici y su hermano Giuliano. El Magnífico sobrevivió de milagro, pero Giuliano fue apuñalado tan salvajemente que no hubo forma de salvarlo. Ahora Lorenzo teñirá de sangre las calles de la ciudad, la cuna del Renacimiento...

El dolor y el remordimiento se han instalado en el corazón del otrora llamado gran mecenas de las artes, hoy un tirano. Su soberbia y el despotismo con el que ha gobernado la República congregaron en torno a él un círculo de odio del que su hermano no pudo escapar. Pero algo no tiene sentido: ¿por qué Giuliano y no él? ¿Qué lograrían sus enemigos con esa muerte, si su papel dentro de la política fue secundario, siempre a la sombra de Lorenzo? ¿Hay algo más detrás de esta sangrienta conspiración? ¿Un amor prohibido? La terrible obsesión de Giuliano por la hermosa Simonetta Vespucci, «la diosa que había dejado a toda Florenca en lágrimas» con su prematura muerte y que Botticelli inmortalizó en sus más célebres lienzos, podría encerrar la respuesta.

Índice de contenido

Prólogo

Primera parte. Presagio

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Segunda parte. Sortilegio

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Tercera parte. Venganza

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Epílogo

Nota histórica

Sobre la autora

Prólogo

FLORENCIA
20 DE JUNIO DE 1478

De pronto, la multitud de sombras se le vino encima. Malvadas e implacables, se abalanzaron sobre él y lo arrollaron, lo aplastaron, lo ahogaron.

«¡Ayuda! Me matan...».

Pero el grito se ahogó en su garganta. Nadie pudo oír su desesperada súplica.

—¡Hijo!

Lorenzo se sobresaltó y se volvió bruscamente hacia donde provenía la voz. Vio el hábito claro de un fraile erigido de pie junto a él. El religioso lo miraba con auténtica inquietud. Le puso una mano en el hombro para calmarlo.

—Debes de haberte quedado dormido, Lorenzo. Estabas soñando. Gritabas algo.

—Estaba rezando, pero de repente me he deslizado en una pesadilla. Debe de ser por todas estas estatuas que me rodean. Son tan inquietantes... ¡Me asustan!

Contempló afligido a toda esa multitud de seres sin alma que lo circundaban, con los cuerpos rígidos y los ojos inexpresivos, con las vestimentas arrugadas y desgarradas por el filo de la daga. Todos iguales, todos en la misma angustiante postura, hombres de pie apoyados en las piernas, pero privados de aliento.

Los ciudadanos de Florencia habían querido agradecer a Dios que salvara la vida de Lorenzo el día que los conspiradores, decididos a aniquilar a los Médici, pintaron de sangre las antiguas baldosas del Duomo; pero, en lugar de encender suntuosos cirios como ofrenda a la Virgen, vaciaron sus propias bolsas para financiar todas esas estatuas de tamaño natural, que reproducían con un realismo asombroso las facciones del hombre que había sobrevivido gracias al milagro.

Su gran semejanza con el verdadero les confería un aspecto macabro: la diáfana nitidez de la cera creaba una perversa ilusión de realidad y evocaba la palidez de un rostro exangüe. Y la impresión de un cuerpo sin vida era mil veces más intensa en la obra del mejor aprendiz del maestro Andrea Verrocchio, es decir, el joven Leonardo, hijo de don Piero da Vinci: en un arrebató de entusiasmo, o tal vez de descaro, el aprendiz osó pedir que Lorenzo donara a la estatua la ropa que había usado aquel fatídico día, impregnada de su propia sangre, que ahora se había convertido en una horrible costra negra.

El fraile se acercó más. Parecía furioso con Lorenzo, su mirada albergaba una difícil lucha entre la ira, el resentimiento y el arrepentimiento. Pero, más fuerte que cualquier otro sentimiento, había en él un afecto fraternal teñido de una profunda tristeza. ¿Lo conocía? Probablemente sí, pero su cara se confundía entre la multitud de nombres y rostros con los que se cruzaba tantas veces en el convento de San Marcos.

—Veo que apartas la vista de esa representación, Lorenzo. Sin embargo, es tu retrato. ¿Acaso tienes miedo de ti mismo? ¿O tal vez le temes a tu mala conciencia?

El heredero de los Médici se alteró aún más de lo que lo había estado hasta entonces. La voz del religioso se había vuelto más baja y dulce, pero también amenazante, incluso acusadora. Extenuado por tantos días sin tregua y noches sin descanso, Lorenzo pensó que tal vez no era un

verdadero fraile, un hombre de carne y hueso, sino el demonio disfrazado de humano que había venido a atormentarlo en ese momento de dolor, a echarle en cara todas sus culpas una por una.

Porque sí, *mea culpa!* Lorenzo de Médici había cometido errores. Errores de cálculo con el dinero y las personas; cálculos mal ejecutados fruto de la arrogancia, la ligereza, el orgullo o una ambición desmesurada. Cargaba una inmensa responsabilidad sobre sus espaldas, y ahora la vida le pasaba factura.

Se había convertido en un hombre incapaz de sentir compasión, un déspota que daba rienda suelta a su rabia a través de un torbellino de eficaces represalias para esparcir el terror por las calles de Florencia: juicios sumarios; ahorcamientos en la Piazza della Signoria; emboscadas; venganzas a puerta cerrada contra aquellos que tenían su parte de pecados que expiar, pero que no podían caer en manos de los Médici sin que el pueblo se sublevara contra Lorenzo y toda su familia.

Ahora lo llamaban «tirano»; apenas unas semanas antes era el gran mecenas de las artes, el heraldo de la Signoria. El ciudadano honorífico. El orgullo de Florencia.

Se arrepentía de su ingenuidad, de cómo había mantenido los ojos obstinadamente cerrados ante las señales de advertencia que tanto la vida como sus amigos le enviaron. Y, sobre todo, se arrepentía de haber sucumbido a la más diabólica de las tentaciones: la seducción del poder.

Dirigió la resuelta mirada hacia ese punto de la nave donde se había perpetrado el atroz crimen. Lorenzo vio de nuevo a Giuliano sentado a poca distancia de él, en el extremo opuesto del coro. Así debía ser: los dos hermanos Médici lideraban el coro del Duomo, sólidos y firmes como dos imponentes torres en las esquinas de un tablero de ajedrez. ¿Quién no habría entendido de inmediato el verdadero peso de la familia en la ciudad con solo notar qué asiento les estaba reservado en la catedral?

El joven cardenal Raffaele Riario celebra misa en el altar mayor. Su apariencia es ridícula, ataviado con sotanas suntuosas, él que en el umbral de los diecisiete años se deja ya con orgullo su primera barba, convencido de que le confiere autoridad y un aire más maduro. El niño cardenal alza la hostia, se encuentra de espaldas y no ve nada de lo que sucede detrás de él en ese instante. Todos se arrodillan, pues es el momento más solemne del rito, y justo entonces, como un demonio que ha escapado por las puertas del infierno, Francesco de Pazzi ataca a Giuliano y lo apuñala salvajemente. Una, dos, tres veces. Es tanto el odio que acumula que, en su furia de atravesar al otro sin darle escapatoria, se hiere incluso a sí mismo y pierde sangre de una pierna. Lleva algo de tiempo que los demás, atónitos, se den cuenta de lo sucedido. Y luego un cataclismo de gritos salvajes resuena en todas las direcciones. Las bóvedas profundas amplifican esos gritos, así como los pasos furiosos de miles de pies y el estrépito de armas desenfundadas que chocan con fiereza.

Lorenzo recuerda solo algunas imágenes de la tragedia. El destello de una hoja metálica que le roza el rostro, un dolor insoportable en el cuello; se lleva la mano a la garganta y la ve empapada de sangre. Diez compañeros están junto a él, lo arrastran lejos del peligro mientras él llama a gritos a los suyos. Rápidamente lo empujan a la sacristía, forman un escudo humano a su alrededor, Poliziano les cierra la pesada puerta a los atacantes en la cara. Pero un momento antes de que esa puerta lo ponga a salvo, Lorenzo alcanza a ver a su amigo Nori desplomarse al tratar de servirle de escudo con su propio cuerpo; expira casi de inmediato, con el estómago perforado por las dagas. Ve a Giuliano tendido en un charco de sangre. Giuliano, lejos de él, perdido, exánime, abandonado por todos, incluso por Dios.

Y después del día de la sangre, llegaron los del furor. Con ira ciega, Lorenzo se vengó de sus enemigos de mo-

do ejemplar, ordenó funerales públicos para su hermano y obligó a la Signoria a considerar su muerte un crimen contra el Estado. También esas imágenes estaban impresas en su memoria con letras de fuego: el obispo Salviati, ¡maldito Salviati!, cuelga de una ventana del Palazzo della Signoria; todavía lleva puestas sus vestiduras sagradas. Sus ojos, desorbitados, parecen preguntarse con incredulidad en qué pudo haberse equivocado.

Y Francesco de Pazzi, Salviati y el resto de los sucios ladrones que se aliaron para llevar a cabo la masacre, todos se convirtieron en alimento de cuervos y buitres, expuestos en la calle para escarnio público. Ese fue el último día de primavera, una primavera que tiñó horriblemente de sangre la ciudad de Florencia.

—Tus enemigos han caído uno tras otro —dijo el fraile—. ¿Te sientes satisfecho con la venganza?

—No todos están muertos. Faltan los más infames.

—Supongo que te refieres a Bandini y Girolamo Riario, el sobrino favorito de Su Santidad. ¿Por qué te odia?

—Está corroído por la ambición. Le gustaría gobernar toda Italia y cree que soy un obstáculo. Además, me considera culpable de la muerte de su hermano. Ludovico Riario y yo éramos amigos. Lo asesinaron para perjudicarme y Girolamo quiere lavar la ofensa con mi sangre.

—No renunciarás a la venganza, ¿verdad, Lorenzo?

—¡Nunca! No encontraré paz hasta que haya puesto a todos los asesinos de mi hermano bajo tierra.

—¿No tienes temor de la ira de Dios?

Lorenzo no respondió. El atrevimiento del fraile lo irritaba; miró hacia otro lado.

—¿Está aquí para sermonearme, reverendo padre? —preguntó con tono áspero.

—Hoy no, Lorenzo. Sígueme, vamos fuera. Es urgente que veas algo.

En la tierra calcinada por la canícula estival, entre los tallos secos inclinados por el viento, algo se movía. Lorenzo avanzaba cauto entre la maleza, siguiendo el hábito del fraile. El lugar era realmente inhóspito, había que esquivar las zarzas y cuidar dónde se ponían los pies, rezando a Dios para no toparse con víboras u otras alimañas ponzoñosas escondidas entre esas malas hierbas.

El rumor del Arno detrás de ellos parecía atenuado. Lo ahogaba un zumbido constante e inquietante que se intensificaba a cada paso. Lorenzo se detuvo aterrorizado: ahora entendía qué era ese ruido.

Eran gusanos, miles. Larvas de moscas carnívoras que se arrastraban por el suelo en una procesión larga y disciplinada, lejos ya de los fluidos humanos, diluidos por la muerte, con los que se habían alimentado. Entre los arbustos de enebros y laureles descansaba un cuerpo que no era más que un inmenso banquete repleto de insectos que pululaban por todas partes debajo de la piel. Era un hervidero; brotaban de la boca, de las cuencas vacías y del resto de los orificios de aquel cuerpo irreconocible, antes de arrastrarse en una dirección precisa, la misma para todos. Era imposible identificar quién era en esas condiciones, incluso si era hombre o mujer, joven o viejo.

Lorenzo se llevó las manos a la boca para reprimir las náuseas. Sintió una endemoniada urgencia de vomitar, y ahogarse con su propio vómito podía ser un fin lo bastante humillante como para expiar sus culpas, pero no había comido en días y tenía el estómago cerrado por la tensión y los nervios. Al final, su cuerpo se rebeló contra esa visión atroz. Tras unos instantes espasmódicos, sintió la garganta corroída por los jugos gástricos.

—¿Quién era?

—Alguien como tú, tan soberbio que creyó que el hombre es el artífice de su propio destino. Pero no halló más que desgracia. Ni siquiera tuvo el consuelo de descansar en una tumba.

–¿Quién era?! –rugió Lorenzo, colérico.

–El primero al que diste muerte: Jacopo de Pazzi.

Atónito, Lorenzo clavó los ojos desorbitados en ese horrible amasijo de carne en descomposición y larvas hormigueantes.

–Es el jefe de la familia que quería destruirnos... ¿Por qué está su cuerpo aquí? ¡Lo enterraron, a pesar de que no lo merecía!

–Un grupo de sinvergüenzas decidió hacerle un segundo funeral –le contó el fraile con amarga ironía–. Lo desenterraron en secreto y lo trajeron aquí, a orillas del Arno. Tienen la intención de cortarlo en pedazos y tirarlo al río como si fueran los restos de un puerco.

–¡Es horrible!

–Y también muy sospechoso. ¿Cómo es que los muchachos no sienten pavor frente a un cuerpo tan descompuesto? Alguien ha corrido el chisme de que tú estás detrás de esta infamia, de que pagaste bien a esas pequeñas sabandijas.

–¡Eso no es verdad!

–Entonces lo hacen porque esperan una recompensa. Por ahora he logrado ahuyentar a esos malintencionados, les dije que Dios los maldeciría vertiendo sobre ellos un mar de desgracias. Pero volverán, lo sé. La chusma tiene hambre de dinero y sed de violencia.

–Vámonos. ¡No me importa lo que hagan con este maldito cadáver!

Dicho esto, Lorenzo desanduvo los pasos por el sendero entre zarzas y matorrales. Cuando se encontraban tan lejos del cadáver que su hedor ya no viciaba el ambiente, escucharon un alboroto de voces febriles y pasos agitados de numerosos pies que retumbaban hacia las orillas del Arno.

–¡Ahí están, han vuelto!

–¡Agáchese, reverendo! Que no lo vean o será peor para usted.

El religioso apartó con furia la mano de Lorenzo, que lo tenía sujeto por el hábito, repugnado con la idea de que aquella horda destrozara el cadáver de un hombre. Franqueó el seto de enebros que los ocultaba y salió al descubierto frente al grupo de alborotadores, que se apiñaban alrededor del cuerpo. Lo rodearon nerviosos, arrebatados, como hormigas feroces que no se atreven a machacar con sus tenazas a un escorpión agónico, aún medio vivo.

El horror de esa carne ennegrecida y podrida, convertida en un banquete para gusanos, paralizaba a los niños presentes. Había pocos, apenas una decena, y contemplaban la horrible escena con ojos aterrorizados e incrédulos, como corderos llevados al matadero. Los otros ya tenían barba, y los lideraban tres individuos siniestros que Lorenzo no tuvo problemas en reconocer: hombres leales a la casa Pazzi o Salviati, todos probablemente involucrados en la conspiración de una forma u otra. Había razones para pensar que habían organizado esta vil venganza póstuma porque ahora ya no tenían que temer las represalias del muerto. Pero la de los Médici sí, ¡y sería despiadada!

Vieron al fraile acercarse con expresión severa.

—¡Vuelvan a la ciudad, en nombre de Dios! Desmembrar un cadáver es un sacrilegio, y no serán perdonados. Aunque pecador, ¡este hombre era cristiano!

—Vete, fraile —lo amenazaron—. No tenemos nada contra ti y no queremos lastimarte.

—¡Abandonen sus perversas intenciones! ¡Y pidan perdón al Señor! —bramó.

Tal desesperada insistencia irritó al líder de la pandilla, que agarró al religioso por el cuello del hábito y lo arrojó tres pasos hacia atrás. Los otros dos se rieron de él y comenzaron a empujarlo pasándoselo entre ellos como si fuera un muñeco de trapo. Lo hicieron retroceder brutalmente por el camino para que ya no pudiera molestarlos con sus palabras. ¡No habían llegado tan lejos solo para escuchar sermones!

El religioso soportó sus ataques con total entereza, retrocedió sin bajar la mirada, pero dio un mal paso y terminó en el suelo. Debió de estrellarse contra una piedra al caer, porque, cuando intentó levantarse, se llevó mecánicamente la mano a la nariz, que le dolía una barbaridad. Tal vez se la había roto, porque a Lorenzo, agazapado entre las zarzas, le pareció que su cara era como una máscara de sangre.

Mientras tanto, los delincuentes arrojaban baldes de agua sobre el cuerpo devorado por gusanos para darle una limpieza rápida. Un hombre de mirada torva y cuerpo de luchador avanzó hacia el cadáver. Hasta entonces había mantenido su distancia, observando toda la escena con ojos gélidos, pero ahora tenía que hacer su parte. Blandía un cuchillo de carnicero, y con él desprendió el cráneo descarnado de un solo golpe. Sus movimientos eran firmes, precisos. Parecía tranquilo, sin titubeos, como cualquier artesano en plena labor; esto indicaba que con toda probabilidad era verdugo de oficio. Le pasaron una pala, con la que levantó en el aire el horripilante trofeo; la blancura del hueso craneal que estaba al descubierto en varios puntos era una admonición espantosa de la mezquindad humana. Lo arrojó al río sin dudar.

Tiró la pala sobre la hierba y, otra vez trabajando con el cuchillo, se afanó en desmembrar las extremidades una por una. También estas terminaron en el río. Cuando corrió la misma suerte hasta el último de los pedazos, el jefe le dio una patada al más grande de los jovencuelos.

–¡Canta! –ordenó.

El pobre muchacho tragó saliva, luego miró a los demás en busca de solidaridad y ayuda. Pero todos eran más pequeños y estaban más asustados que él. Hizo acopio de valor, inspiró y un débil sonido salió de su garganta.

–«Mira, don Jacopo...».

–¡Más fuerte!

El niño asintió, mientras que a los otros los pusieron en fila de a uno y los espolearon para correr siguiendo el curso del río, que fluía llevando su macabra carga sanguinolenta.

–«¡Mira! ¡Don Jacopo baja por el Arno!».

Ahora la despiadada procesión corría por la orilla cantando esa canción burlona a coro, y, gritando esas palabras, entraron por la puerta que daba al espacio urbano.

Lorenzo se acercó al fraile y lo ayudó a levantarse.

–Pobre de su nariz... Debe de estar rota.

El religioso tenía expresión de sufrimiento, pero se podía pensar que era más por el dolor de no haber sido capaz de impedir la decadente escena blasfema, de la que había sido un espectador impotente, que por la nariz. Lorenzo le ofreció un pañuelo limpio para quitarse la sangre de la cara.

–Venga, reverendo. Volvamos a la ciudad.

El fraile no se movió. Observó fijamente a Lorenzo con una mirada oprimida por una urgencia secreta que, sin embargo, le resultaba difícil comunicar.

–No te he traído aquí solo para mostrarte ese cuerpo –murmuró finalmente–. Hay cosas que tengo que decirte. Y quería hacerlo en un lugar seguro, donde no corramos el riesgo de que nos espíen.

Vio que, no lejos de los dos, pero al menos a cien pasos de la puerta trasera custodiada por gendarmes, bajo la confortable sombra de un roble centenario, había una gran fuente de piedra donde los viajeros abrevaban sus caballos. Le pidió que lo siguiera hasta allí, que se sentara en el borde junto a él. Ese lugar contaba con la privacidad adecuada para hablar confidencialmente sobre cosas secretas. A su alrededor se oía solo el chirrido de las cigarras aturdidas por el sol ardiente, millones de ellas.

–El primero en caer ese funesto día fue Giuliano –murmuró el fraile con el sagrado respeto debido a los muertos–. Los asesinos atacaron a tu hermano antes de ir por ti.

¿No te parece extraño, Lorenzo? Parece como si hubiera sido él el verdadero objetivo de la conspiración, no tú.

—También Giuliano tenía que morir —respondió con debilidad—. Y yo, y mi esposa Clarice..., toda la estirpe de los Médici habría sido borrada de la faz de la Tierra.

—Debes reflexionar sobre un hecho tan ilógico, Lorenzo. ¿Por qué Giuliano? ¿Por qué él primero?

—A mi alrededor había varios hombres armados. En cambio, Giuliano estaba solo, desarmado y sin sospechar nada.

—Eso es comprensible: nunca desempeñó labores en la Signoria. Su peso en el juego de la política siempre fue insignificante. Tú has dirigido a la familia desde la muerte de tu padre. Tú solo. ¿Por qué entonces tus enemigos habrían tenido que deshacerse de él? Solamente era un joven audaz y galante, un poco presuntuoso tal vez... *Cui prodest?* ¿Quién podría sacar provecho de su muerte?

Lorenzo miraba la línea del horizonte a lo largo de las colinas distantes con la mirada vacía de un insensato.

—No lo sé, padre. No puedo imaginar ningún motivo razonable...

—¿Estás seguro?

Prefirió no responder esa pregunta. Ambición, avaricia, sed de poder... Cuanto más revisaba los acontecimientos de los últimos meses, más confundido se sentía Lorenzo acerca de los motivos de la conspiración que había truncado la joven vida de Giuliano y lo había obligado a él a vivir aislado dentro de una jaula protectora.

—No lo sé —repitió débilmente.

—Entonces, escúchame, Lorenzo. Te contaré algo que no sabes, así podrás entender. Y tal vez llegues a perdonarte algún día.